

LA MONJA-ALFEREZ.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año de 1623 MONTERREY, MEXICO

ACIO Doña Catalina Erazo en San Sebastian de Guipúzcoa el 10 de febrero de 1585, siendo sus padres el capitán D. Miguel Erazo y Doña Marta Perez de Galarraga y Arce. Queriéndola destinar su familia al claustro, apenas contaba cuatro años cuando la llevaron al convento de San Sebastian el Antiguo, donde se hallaba de priora una tia suya. Era natural que educada en el recogimiento y en la vida contemplativa, rodeada de escenas de piedad, hubiera engendrado todo esto rennido, y sin el conocimiento del mundo, una vocacion verdadera para tomar el velo de esposa de Dios; pero en aquel recinto tranquilo, entre los altares, los claustros y las tumbas cumplió quince años y no se realizó lo que parecia infalible. Fué el caso

que por aquellos dias entró en el convento otra monja llamada Catalina de Aliri, de genio impetuoso, de manera que á poco estalló un rompimiento con Doña Catalina; llegando á las manos, y saliendo vencida la Erazo. No pudiendo saciar su venganza, no quiso soportar el estado de humillacion, y saltó las tapias del convento. Halló asilo en un bosque, donde tres dias permaneció sin saber qué partido debia tomar, que fué por último el de dirigirse á Vitoria, habiéndose mantenido entonces de yerbas, y fué á aquella poblacion disfrazada de lego dominico, pues aderezó sus hábitos en esa forma, y despues sufrieron una tercera trasformacion como traje secular. Fué en aquella ciudad escribiente de un tio suyo, que la tuvo por hombre y no la conoció; fué paje allí mismo de D. Julian Idiaquez, secretario del rey y amigo de su padre, quien allí llegó á comunicarle la unesta noticia de la evacion de su hija, con las lágrimas en los ojos; pero á ella no se le dió un ardite, é impasible oyó la relacion de su propia historia, compró una mula y al siguiente dia salió para Bilbao, con el supuesto nombre de D. Francisco de Loyola. Al llegar trabó pendencia con unos

61
jóvenes y fué puesta en la cárcel, antitesis bien marcada con su primitiva mansion. Despues de estar y servir en Navarra, pasó por capricho á San Sebastian: oyó misa en su mismo convento, vió friamente á su madre que estaba rezando, se acercó á hablar con las monjas, que no la conocieron, pues como ella dice, solo vieron un mozo bien vestido y galan. Habiendo salido de España, la casualidad le hizo presenciar el terrible encuentro de la escuadra holandesa con la española, en que los diez y nueve buques de la primera fueron presa de las llamas. En el buque en que iba trató de enamorar á la mujer de un pasajero; su marido lo advirtió y ella trabó disputa con él amenazándole con un puñal. Llegó á América, se destinó en una factoría, para luego embarcarse para Paita, sufriendo una furiosa tempestad, en la que el buque se hizo añicos, salvando Doña Catalina á una joven á nado con grandes trabajos, y la condujo a la playa desmayada en sus brazos. Formada compañía en negocios de comercio con Juan de Urquiza, tuvo una disputa con un hombre iracundo que la amenazó con cortarle la cara. Ella se embozó en su capa, se armó de daga y espada, y se fué á esperar á su contrario á la puerta de una iglesia; lanzándose sobre él con la mayor furia, le hirió el rostro y gritó: "Esta es la cara que se corta." Un amigo del herido tomó su defensa, y Doña Catalina lo atravesó de una estocada mortal. Entonces se refugió á una iglesia; pero á pesar del lugar, la apresó el corregidor, y fué conducida á la cárcel. Halló por fin arte de salir de allí, y se dirigió á Trujillo, donde suscitó pendencia con otro amigo del que habia herido en Sana: saca entonces su espada y segun su confesion: "le entré una punta no sé por donde, y cayó. Se refugió á la Catedral, y despues pasó á Lima.

Corrieron algunos meses, y para matar el tiempo, como ella dijo, enamoró á una de sus hijas, proponiéndole un casamiento imposible. La joven correspondió al aventurero femenino, quien por temor de que se descubriese la verdad, se alistó en un cuerpo de tropas que se dirigia al reino de Chile á hacer la guerra, teniendo que cruzar la distancia de quinientas leguas. Era secretario del gobernador de aquel país D. Miguel Erazo, capitán de una de las compañías, y cerciorándose que era su hermano, buscó su amistad, sin descubrirse. En la guerra que se siguió dió Doña Catalina Erazo ejemplo de gran valor, y en el combate de Puren, cuando los indios se apoderaron de la bandera de una compañía con impetuoso esfuerzo, la monja-alférez ardiendo en ira se abalanza á los enemigos, entre una lluvia de piedras y flechas, arrastra consigo á algunos soldados, se confunde con los contrarios, lucha cuerpo á cuerpo con el cacique que empuñaba la enseña, lo hiere, derriba y mata, reconquistando la bandera que lleva triunfante en su diestra, y es al punto saludado el héroe-mujer por mil vivas de entusiasmo de sus camaradas; pero la victoria la obtuvo á costa de su sangre, pues estaba herida de piedra, flecha, sable y lanza. Se le prometió por recompensa el mando de una compañía, que perdió por otro rasgo de valor heróico. Es la verdad que en un encuentro, tuvo que batirse con otro cacique que se defendia con destreza, pero que al fin hizo rendir; resultando que era un renegado español, por cuya persona se habian ofrecido grandes recompensas, pues se queria regalárselo á la inquisicion. Pero la monja-alférez, ignorando estas circunstancias, lo mandó colgar de un árbol, y el gobernador

disgustado por esto no le concedió la compañía prometida, antes bien fué mandada de guarnicion á Nacimiento, donde se tenia que sostener un combate continuo dia y noche. Se desarrolló por este tiempo en ella una pasión violenta por el juego, pero todos temian sentarse á su lado por su carácter y antecedentes. Una vez con motivo de una parada, disputó con el

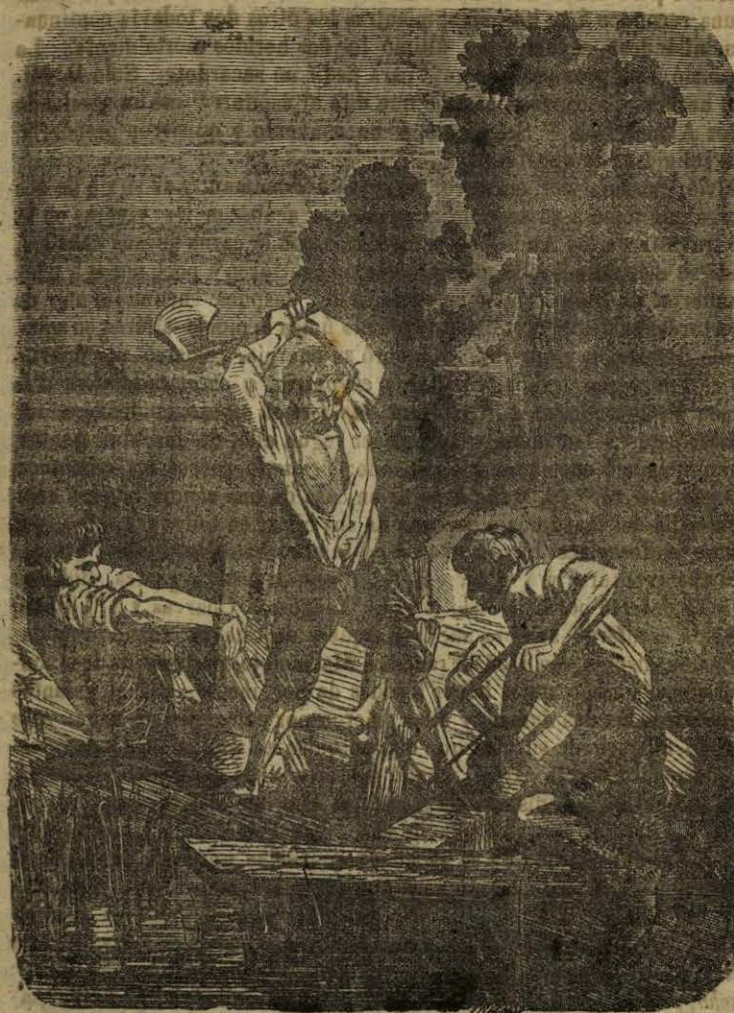


Trabó disputa con él amenazándole con un puñal. (pág. 21).

banquero, quien prorumpió en insultos contra la monja-alférez. Ella se puso en pie y le dijo: "Repite lo que has dicho." El otro repitió sus palabras; pero apenas las había pronunciado cuando su daga le atravesó el pecho. Presentóse en la casa el oidor general, y en uso de su autoridad, qui-

so arrestar al agresor y aun la extrujo. Sintióse ella ofendida con verse tocada por un hombre, y atravesó las dos mejillas del oidor con la misma daga, y huyó.

Refugióse como siempre en un convento, que fué esta vez el de S. Francisco, siendo rodeado de soldados, y yéndola á ver una noche D. Juan de



Logró que le ayudasen á formar una trampa. (pág. 25).

Silva, compañero de regimiento, con el objeto de darle parte de un duelo, motivado por un insulto, y que no hallaba padrino, la monja-alférez, aunque vaciló, temiendo un lazo, consintió en acompañar á su amigo. Se disfrazaron con capas y anchos sombreros, y llevaron al cinto sus espadas. En

un bosque contiguo los aguardaban los antagonistas; se empeñó el combate entre D. Juan y su enemigo, saliendo el primero herido. Entonces el aventurero-hembra sacando su acero, dijo: "una herida solo la da un villano, y un cobarde." "Mentís," respondió el otro padrino, y se chocaron sus aceros. Pero la monja-alférez postró á sus piés á su contrario, quien pedía un sacerdote para confesarse. Doña Catalina se acerca al herido, y á la luz de la luna reconoce á su hermano; mientras los otros dos todavía continuaban acuchillándose, cayendo por último los dos heridos mortalmente. La Erazo corrió á un próximo convento para pedir un sacerdote. Solo D. Miguel, su hermano, alcanzó confesion que dijo al espirar: "me ha asesinado el alférez Alonso Díaz." Se acogió á un convento y quisieron prenderla, pero los religiosos se opusieron.

Resolvió, cansada del encierro, dirigirse á Tucuman, y se sirvió de dos desertores que tomó á su servicio, y cuando se acabaron los víveres en la terrible travesía de los Andes, se alimentaron con la carne de sus caballos; siguiendo su marcha sobre la misma nieve, encontraron á poco andar á unos indios muertos de frio con los dientes de fuera; despues sucumbió uno de los desertores, en seguida el otro; quedando única la monja-alférez en aquel cuadro de desolacion y muerte. Recobró su energía, registró al muerto, le sacó el dinero que llevaba, y rezando el rosario, y encomendándose á la Santísima Virgen María, y al glorioso San José su esposo, comenzó á andar, hasta llegar á Tucuman, con el placer segun ella, de descubrir gentes, ya fueran amigos ó enemigos, y añadiendo: "cuando conoxt los cristianos, vide el cielo abierto." Allí fué á parar en casa de una señora viuda: repitió la comedia del matrimonio con una de sus hijas; en todos sus actos, y al verificarse el desenlace, huyó como de costumbre hácia el Potosí, y ahora volvió á sus aventuras y á la carrera de las armas; hizo la guerra, pidió su retiro, y se desertó por habérselo negado. Llegóse á Charcas y á la Plata, y protegido el alférez-hembra por la marquesa de Chavez, cuando esta dama tuvo una disputa con Doña Francisca Marmolejo, parienta de los condes de Lemos, y llegó aun á haber heridas de por medio. Si él galanteó por divertirse á las dos damas, y ellas rñieron por celos, no se sabe: este lance es un misterio de su vida que ella no quiso aclarar en sus memorias. Estuvo de resultas en la cárcel, y salió desterrada de la Plata. Volvió á Charcas y mató en una disputa de jugadores al primo del obispo; hizo resistencia, fué herido, y huyó á una iglesia. En Piscobamba insultó á un portugués que fué víctima de su espada; entonces se apoderó de su persona la justicia, le dieron tormento para que confesase su crimen, y aunque lo calló, fué condenada á muerte. No quiso confesarse, y serena marchó al suplicio, subió á él tranquila, y andando torpe el verdugo para ponerle el volatin, que es el cordel delgado con que ahorcan, ella le dijo con cólera: "borracho, pómelo bien, ó quitámelo, que estos padres bastan." A este tiempo llegó su indulto de la Plata, que parece llegó á obtener Doña Francisca Marmolejo, con pretexto de ser falsos los testigos, y quedó en libertad. Estando en Cuzco, se hacia distinguir por su valor un jóven á quien llamaban el Cid, y tenia el alférez-hembra ganas de llegarse á las manos con él, por rivalidad de valor, pues la fama de ella tambien ya era extendida. Pronto llegó la ocasion, pues una noche jugaba con entusiasmo, cuando

apareció el Cid en la puerta de la sala. Frunció la monja-alférez las cejas en forma de disgusto. El Cid se fué á sentar junto á ella, y tocó suavemente su diero, con ánimo de insultarla. Ella no dijo nada, y siguió jugando; el Cid volvió á tocar el dinero del alférez-hembra, que rápido como un rayo, sacó la daga y clavó la mano del Cid sobre la mesa, y gritó: *me queria robar, lo vi, y lo he castigado.* Todos los jugadores atacaron á la monja-alférez, y ella con su espada se abrió paso hasta la calle, recibiendo tres heridas. El Cid desclavó su mano y salió á buscar al alférez-hembra con sus amigos; éste por su parte buscó á los suyos, y comenzó una batalla, frente á San Francisco, en la que el Cid se arrojó sobre la monja, y le pasó la espalda de una puñalada, cuando le heria otro un costado, y ella cayó sin sentido á la puerta de la iglesia. Entretanto los demas seguan batiéndose, y al ruido volvió en sí la monja y vió al Cid de pié, gozándose en su triunfo. El deseo de venganza le dió nuevos bríos, y arrastrándose por entre los cadáveres, se presentó vestida de sangre á su asesino, quien retrocedió despavorido; mas luego alzó en su mano un puñal y se abalanzó para acabar con su enemigo; pero la monja-alférez le asestó á tiempo un golpe seguro que acabó con el Cid, y ella volvió á caer entre los muertos. Un Fray Luis de Leon la curó, y supo por su confesion toda su vida, permaneciendo en cama cinco meses, pues estaba acribillada á heridas. Salió para Guancavelica, y sabedora de que era perseguida, se unió á unos leñadores que encontró en el bosque por donde tenian que pasar sus perseguidores, y con promesas y amenazas, logró que le ayudasen á formar una trampa para que en ella cayesen los esbirros, y así se abrió paso y llegó á Guamanga, pero la justicia por todas partes buscaba como asesino al alférez Alonso Díaz Ramirez de Guzman. El virey del Perú mandó que fuese encarcelada; pero medió el obispo, con quien se confesó, recibiendo la absolucion con tal que volviese á tomar sus hábitos. Se celebró la reconciliacion de esta apóstata, con gran pompa, entrando en el convento de Santa Clara en 1620, cuando contaba veinte y ocho años de edad. La llamó el arzobispo de Lima D. Bartolomé Lobo Guerrero, quien fué despues inquisidor en México; siendo la conversion del alférez-hembra un objeto de general admiracion; la visitaban todos como un portento, la buscó el arzobispo, y la acompañaban elérigos y frailes constantemente. Entró por consejos del clero en el convento de la Santísima Trinidad de la orden de San Bernardo, donde permaneció dos años, haciendo una vida de religiosa, y dada á todas las prácticas de piedad. Se la remitió despues á España, embarcándose en 1624 en Cartagena en la escuadrilla mandada por D. Tomás Lanaspura, y llegó á Cádiz el 1.º de Noviembre de 1624, donde la celebridad de sus proezas causó grande entusiasmo, y el pueblo la seguía por las calles gritando: ¡La Monja-Alférez, la Monja-Alférez! En España se le concedió en premio, una pension vitalicia de 500 pesos anuales por cédula real, librados sobre las cajas de México, Lima ó Manila, que se estuvo pagando puntualmente hasta su fallecimiento, y autorizándola para llamarse el alférez Doña Catalina de Erazo. En Roma el pontífice Urbano VIII, la autorizó para que usara durante su vida, el traje de hombre, y los cardenales y la nobleza de aquella ciudad, no se cansaban de admirar esta maravilla, recibiendo el alférez-hembra muchos convites y ovaciones.

Llegó á México durante el vireinato del marqués de Cerralvo; se dedicó al tráfico con una partida de mulas, y ofreciéndosele ir á Jalapa del Valle, le dió cierto mercader una carta para el que allí era alcalde, en la que le decía entregara la hija que tenían convenido, entrase de religiosa, al portador, porque aunque con traje de hombre, era del sexo femenino. No lo quería creer el alcalde, pero al fin se cercioró de la verdad, y entregó á la dama que había de ser monja, y quedó Doña Catalina enamorada de su hermosura. Llegando al Pinar, un alcalde mayor le preguntó si era su esposa, á lo que Doña Catalina contestó: *ni es posible serlo*, y entonces el alcalde insistía en que la dama se bajase la mascarilla, por importar al servicio de Su Magestad, y la conductora respondió enfadada: "ni Su Magestad tendrá noticia de nuestro viaje, ni á su real servicio hace al caso quitarse ó no la mascarilla, que no se ha de conseguir menos que pasando por dos balas que tiene este arcabuz;" y picando á sus caballos dejaron estupefacto al alcalde. En México se trabajó para la toma de velo de la jóven, pero entretanto, se enamoró de un hidalgo, y aunque Doña Catalina le ofrecía dotarla, si entraba de religiosa, y además depositarle tres mil pesos á réditos, y darle la mitad de su pensión otorgada por el rey, nada bastó, y fueron inútiles sus esfuerzos, y la dama se desposó. Enferma de resultas de este desenlace Doña Catalina, y no pudiendo soportar la ausencia de la vista de su amada, se dirigió á su casa, y ambos le hicieron un buen acogimiento; pero repitiendo sus visitas, la dama, celosa excesivamente de su decoro, obligó á su esposo á que le rehusase la entrada. Este suceso casi la puso en el caso de perder el juicio, y así es que dirigió al marido la siguiente carta: "Cuando las personas de mi calidad entran en una casa con su nobleza, tienen asegurada la fidelidad del buen trato, y no habiendo el mío excedido los límites que piden sus partes de vd., es desalumbamiento impedirme el entrar en su casa; demas que me han certificado, que si por su calle paso, me ha de dar la muerte, y así yo, aunque mujer, pareciéndole imposible á mi valor, para que vea mis bizarrías, y consiga lo que blasona, le aguardo sola detrás de San Diego desde la una hasta las seis." Se rehusó el marido, diciéndole que no le era honroso medirse con una mujer, y que era mejor se ejercitara en encomendarse á Dios; á quien pedía la guardase muchos años. Esta respuesta la enfureció, y si no hubiera sido por personas influentes que mediaron, hubiera el caso concluido en tragedia; pero realizaron el reconciliarlos, y á poco tiempo despues, encontró al mencionado marido que se defendía con valor contra tres hombres, y poniéndose de su lado, combatió con bravura, lo que afirmó su reconciliación.

En el año de 1650, yendo por el camino nuevo con carga fletada á Veracruz, se enfermó en Cuitaxtla, y falleció con muerte ejemplar; y dando aviso á Orizava, concurrió á su entierro lo mas lucido de aquella poblacion, por ser amada Doña Catalina Erazo de todos los clérigos y religiosos que allí había, y se dió sepultura á sus restos en un hermoso sepulcro. Tenia por costumbre rezar todos los dias lo que las religiosas profesas, ayunaba toda la cuaresma, y los advientos y vigiliás; hacia todas las semanas, los lunes, miércoles y viernes, tres disciplinas, oyendo misa diariamente. El Illmo. señor Palafox hizo poner en su sepulcro un epitafio honorífico, é intentó traer sus huesos á la ciudad de Puebla.

Este fenómeno de la naturaleza es rarísimo, pues moralmente pertenecía mas bién á su sexo ambiguo entre el hombre y la hembra, porque si anatómicamente era mujer, ni su fortaleza de constitucion, ni las sensaciones del corazon, ni las acciones de su vida, son jamas propias del otro sexo; y su último entusiasmo por la jóven casada en México, es otra anomalía. En su cuerpo no había instintos de sexo; en lo moral era hombre.

La inquisicion respetó á este portento de la naturaleza; la Inquisicion que otras veces castigaba por hablar el portugués, á la monja que salió del convento para bañarse de sangre humana la dejó el brazo libre para que siguiese esa cadena de homicidios, librándose de la persecucion del poder secular dentro del recinto sagrado de los templos, donde entraba con las ropas empapadas en fresca sangre, y á la cual para eximir la del castigo, no se podian recordar en imitacion las sublimes palabras de Cristo: "*te perdono porque has amado mucho*" El rey al fratricida, al jugador, al duelista le mandó pagar una pensión vitalicia por las cajas reales de México. Las mujeres á quienes enamoraba esta hembra, le correspondian. Esta es la monja-alférez: hé aquí su siglo.

Un tipo tan extraordinario ha dado argumento al Dr. D. Juan Perez de Montalvan, á quien el consabido epigrama viene á reducir á Juan Perez, para escribir su *Monja-Alférez*, comedia en tres jornadas; y la duquesa de Abrantes, conservando el carácter difícil de Doña Catalina Erazo, la introduce como personaje en una de sus novelas. Existen documentos fehacientes para probar su existencia histórica; Ferrer ha recogido su fé de bautismo, y en los archivos del consejo de Indias, puede verse todavía el memorial que dirigió al conde duque de Olivares, haciendo mérito de sus servicios. Respecto de su paradero, las biografías callaban; pero una feliz casualidad ha hecho dar con un documento muy interesante, que consiste en tres pliegos ó seis hojas de á folio, impresos en México, en la imprenta de Hipólito de Rivera, mercader de libros, en el Empedradillo, el año de 1658: este impreso, dividido en tres partes, contiene la relacion completa de la vida de Doña Catalina Erazo, hasta su fallecimiento en Cotaxtla en 1650.

De la mujer literata,—que entregada á la lectura,—y olvidando su costura—solo novelas aprenda,—*Dios me libre y me defienda*.—De un hombre de fingimiento:—y de muchas caravanas,—capaz de sacarle canas—al infeliz que lo atiende,—*Dios me libre y me defienda*.—Del que solo de gobierno—habla de noche y de dia;—del político—mania—que de toda arma contienda,—*Dios me libre y me defienda*.—Del que cuenta en el teatro—la comedia antes de verla,—y hablándome de su perla—no me permite que atienda,—*Dios me libre y me defienda*.—De creer que Don Patricio—dejará de ser bribon,—porque hizo su confesion—con propósito de enmienda,—*Dios me libre y me defienda*.—De hablar de un matasiete,—que por quita allá esas pajas,—es capaz de hacerme rajás—en diabólica contienda,—*Dios me libre y me defienda*.—Del que mira á un convidado—cual presidente cumplido,—que en treinta horas no ha comido—cuando le dá una merienda,—*Dios me libre y me defienda*.—De platicar con un payo—que mientras le están hablando,—él acciona coleando— aunque alguno lo rependa,—*Dios me libre y me defienda*.

LORENCILLO.



Un acontecimiento muy notable vino á conmover á Nueva España, cuando gobernaba D. Antonio de la Cerda y Aragon, y fué la expedicion del filibustero Lorencillo. A las cuatro de la mañana del mártres 18 de Mayo de 1683, se oyeron muchos disparos y el veloz zumbido de las balas, y muchos gritos de: *viva el rey de Francia*. Despertados los vecinos de Veracruz, apenas pudieron vestirse y vieron pasar banderas de lis al eco de las cajas de guerra, y unos seiscientos piratas que se apoderaron al momento de la plaza de armas, de los baluartes y de todas las calles, matando al que huia ó salia á los balcones. Las primeras victimas fueron el capitan D. José de Higuera; Fray Manuel del Rosario, religioso Agustino; Leandro López, español; Juan Vitola, zapatero mulato; Lázaro, zapatero meztizo; en la plaza de armas, D. Mateo Vidrovo, sargento mayor; el capitan D. Jorge de Algara; el alférez D. Diego Martin, quien hizo pedazos la bandera por no entregarla, pagando con su sangre este acto de heroismo; otro alférez reformado, Juan Francisco; el capitan Agustin Torres, pardo libre, y dos soldados. En este tiempo iban abriendo á hachazos todas las puertas de las casas, y las familias casi desnudas, eran encerradas en la iglesia, donde se reunieron seis mil prisioneros como á las nueve del dia, custodiados por un fuerte destacamento con bandera colorada. El general de los filibusteros en tierra, se llamaba Nicolás Agramont; pero el que por su ascendiente dominaba á todos era el almirante Lorenzo, conocido mas bien por el diminutivo.

Aquella masa aglomerada en tan corto recinto; aquel caos de ancianos, mujeres, niños, religiosos, artesanos, y todas las clases de la sociedad, sin tener alimento, era un cuadro terrible. Las señoras, casadas ó doncellas, las criadas, las blancas, mulatas ó negras, todas eran sacadas á vista de sus esposos y parientes, para ir á abusar de ellas. Los hombres buscaban armas, y no se encontraban ni con un cortaplumas; uno halló un puñal, y mató á un francés; los chiquillos daban gritos pidiendo pan, y morian de ham-



Las mugeres jóvenes y hermosas se las apropiaron en los buques: (pág: 30:)

bre; las esposas abrazadas de sus maridos lloraban, y aquella especie de sa- yones, hiriendo al segundo, la arrancaban de sus brazos. Todo era deses- peracion, lamentos y rabia contenida. El cura se decidió á ver al jefe, y consiguió que se les diese agua y pan, entregado esto entre golpes é in- sultos.

El miércoles que siguió despues de un saqueo general, se resolvió el ge- neral á quemar vivos á todos los encerrados en el templo, y con este obje- to se trajeron barriles y cajones de pólvora, abocando piezas de artillería para evitar la salida. En estos momentos presentábase un cuadro tan hor- rible como el de un naufragio, y grupos de gentes que, en su desespera- cion, podían compararse á los de las grandes catástrofes del mundo en el Diluvio ó escenas de Sodoma y Gomorra.

Despojaron á todas las imágenes de las iglesias de sus adornos valiosos, llevándose los vasos sagrados. A los ricos les dieron tormento para que declarasen dónde tenían el dinero oculto; viendo que los amos nada decla- raban, apelaron á los esclavos, y aconteciendo lo mismo, Lorencillo mandó arrimar leña para la ejecucion de aquel horrible acto de filibusterismo.

El cura entonces dijo al jefe que si se les garantizaban las vidas, él ha- blaría para que lo revelasen todo. Entró, subió al púlpito, y todos en si- lencio, intimó la sentencia invocando á Dios, con tales razones y lágrimas, que conmovidos todos, fueron poco á poco manifestando las prendas de oro y plata que habían ocultado, así como el dinero, mientras en el coro habia dos testigos y un escribiente que iba extendiendo las revelaciones; llegán- dose á reunir unos 600,000 pesos. El jefe filibustero les dijo que por tan corta cantidad, era difícil concederles la vida, y les mandó imponer silencio, con lo que se redobló el dolor que, reprimido, ahogaba mas aquella multi- tud; pero se les amonestó que si uno solo chistaba, serian todos degollados. El día veinte sacaron al gobernador y principales de la ciudad, y religiosos, en número de 150, entrando el jefe en el templo á la cabeza de los suyos, y fueron embarcados y conducidos á la isla de Sacrificios, despues que hi- cieron á los mas respetables llevar varios efectos como el mas humilde car- gador. Las mujeres jóvenes y hermosas se las apropiaron en sus buques. Varias vaqueros á caballo aparecieron en los médanos, y deseaban embes- tir, pero el que los acaudillaba, no se halló con valor, y solo lo hicieron al- gunos pocos con extremada audacia, matando hasta veinte franceses. Los magnates se escogieron para las naves, costando su rescate 150,000 pesos, que se fueron á buscar fuera de la ciudad, como comisionados, D. Juan Ves- tín, D. Juan Miguel de Asco, el alcalde Francisco Arias y D. Juan Muvi- ta. Es imposible expresar lo que allí sufrieron, pues un horno que habia en la isla, lo convirtieron en baluarte ó castillo, donde establecieron una guardia de cuarenta franceses con bandera. Agramont fué quien tuvo á su cargo esta colonia de infelices, y no se puede referir lo que pasaron entre hambre, sed, desnudez, sustos, sobresaltos y desconuelos; cada instante una novedad funesta, cada hora un pesar, cada día una catástrofe. Loren- cillo reconvino á su camarada Agramont, por su rigor para con los prisio- neros, con lo que vinieron á las manos; y el primero, quitándole el baston que asia el otro que estaba ébrio, se lo tiró al mar, y empuñando las espa- das, Lorencillo lo tendió á sus piés, y envió despues preso á un buque. El

dia 19 llegaron los 150,000 pesos de rescate que fueron entregados, y los rehenes se pusieron en libertad: por entonces apareció la flota al mando de D. Diego Zaldival, que llegó siete días despues, y con gran prisa se embar- caron, llevándose como 1,000 personas. Algunos muchachos de quienes se habia apoderado en clase de esclavos, se arrojaron al mar con unas boti- jas, y ganaron con trabajo la playa. Se dice que su número ascendia á 960 filibusteros de todas naciones. Las personas que murieron, por causa de las armas, el hambre, la afliccion, fueron mas de trescientas. Se calcula la pér- dida pecuniaria en 7,000,000 de pesos, y el 30 de Mayo abandonaron por fin la ciudad, teatro de sus piraterías atroces.



ENSUEÑOS Y DECEPCIONES.

D. Paneracio.—Ea, amigos míos y señores, muy pronto van Vdes. á ver cambiar todos las cosas. Se va á llevar el diablo á los demagogos, ¿eh?

ya, ya volveremos á cobrar nuestras esotas, á hacer las cuentas del gran capitán, á esas candidas madrecitas que se fian de nosotros; volveremos á poner sobre nuestros libros esas largísimas cifras "POR GOTERAS," ¡ah! las goteras (nuestras minas inagotables). . . ¡Qué buenol y los puros ya no resellarán mas—larara tarara—[aquí Don Pancracio hace una pirueta con tanta coquetería, como Oscar en el *Ballo in maschera*]. Luego prosigue poniéndole la mano en el hombro á su interlocutor D. Justo.—Y no solo esto, sino que tendremos nobleza; yo seré, cuando menos menos tri-conde. Además, se va á restablecer el Santo tribunal de la Inquisicion. Amigos míos, ¡eh? ¡qué tal! *Tarara tarara*. Pero véamos lo que dicen los periódicos, aquí traigo *l'Estafette*—[leyendo].—"Seria conveniente llamar á los hombres que hicieron la reforma para que la lleven á cabo, pues ningunos son mas á propósito que ellos para el objeto."—[Sorpresa inaudita].—"¡Qué! ¿estoy soñando, señores? ¡qué lecural ¡ave María purísima! Se me erizan los cabellos y hasta el pelo del sombrero. . . ¡En qué piensa *l'Estafette*? . . ."

Don Justo saca sus anteojos, y aunque no sabe del frances ni lo que quiere decir *Oui*, recorre lleno de asombro las líneas del periódico frances, y por fin exclama:

—Somos unos caballos.

—Amen—contestan otros del grupo, y se dirigen á cierta imprenta donde se publica otro periódico en el que esperan leer algun artículo que les sirva de magnesia.

Algunos curiosos, que presenciaron la escena, se retiran cantando el coro de la risa del *Baile de máscaras*.—[*Já-já-já-já*].

EL ROTCHILD MEXICANO.

El célebre minero D. José de la Borda, frances de nacimiento, murió el sábado 30 de Mayo de 1778, en Cuernavaca. Pasó á Nueva España en 1716 de edad de diez y seis años, y se casó en Tasco con Doña Teresa Verdugo, de cuyo matrimonio fueron hijos el Dr. D. Manuel de la Borda, y la madre Ana María de San José, monja en el convento de Jesus María de México. Cuarenta millones de pesos le dieron en pago de sus trabajos las minas de Tlalpujahua, Tasco y Zacatecas; pero si es cierta para con él la prodigalidad de la fortuna, dió una buena parte á la beneficencia para muchas obras caritativas. La airosa, elegante y decorada iglesia de Tasco se debe á este Rotchildt antiguo, á este príncipe de los mineros, pues gastó en la parte material cuatrocientos setenta y un mil pesos, además del costo fuerte de los vasos sagrados y de los ricos ornamentos. La custodia de la Catedral de México, valuada en cien mil pesos, tambien es donacion suya. Colmó de bienes á las poblaciones de Tasco y Cuernavaca, siendo los actos de la generosidad minera proverbiales en este país; pero la de Borda la elevó á un grado supremo y extraordinario. Su hijo el Dr. D. Manuel Borda construyó la iglesia de Guadalupe en Cuernavaca, y los jardines magníficos de la que ahora es casa de diligencias, donde recibió al arzobispo Haro, en su visita á aquella parte del arzobispado, con luces de colores y fuegos artificiales en los mismos jardines, dignos de las mejores fiestas venecianas y de los orientales cuentos desde las Mil y una noches.

ALMANAQUE PARA ESCRITORIO

1865		1866	
DIAS	NUMEROS	DIAS	NUMEROS
AGOSTO			
SEPTIEMBRE			
OCTUBRE			
NOVIEMBRE			
DICIEMBRE			

IMPRESION DE SANTO DOMINGO NUM 10

ESTABLECIMIENTO DE LA LIMPRESA Y CORREO

EN LA CIUDAD DE MEXICO

CALLE DE SAN JUAN DE LOS RIOS

NUMERO 10

MEXICO